

## FLUSH, EL "COCKER" ENCADENADO

Por ENRIQUE AZCOAGA

Conocí a Flush, al «cocker» que no llegó a acostumbrarse al olor del agua de Colonia, en una traducción francesa durante una primavera lejana. Al poco tiempo, el cinematógrafo, piadoso con mi recuerdo de tan extraordinario «spaniel», quiso que con motivo de un film del que nuestro perro no era protagonista, lo viese a los pies de una ropa de mujer, plena de ternura, aguantando sus orejas grávidas y huecas, con un orgullo de perro extremadamente sensible a las emociones humanas. Ahora, un escritor español conocedor de la literatura de Virginia Woolf, ha traducido la conocida novela que con tal título publicó esta escritora en 1933 (1), y he vuelto a tu lado. No para tratar de comprender a la tan brillante como desventurada y adorada Elizabeth Barrett, a la que tanto subrayaste con tu lealtad única, sino para sentir tu encadenamiento; para mirarme en tus ojos grandes y brillantes; para darte las gracias por el bien que siempre me has hecho, haciéndome conocer—es curioso—a la Barrett y a Virginia Woolf.

Tú, Flush, quizá porque amaste la vida a pesar del collar que por medio de un tirón te obligaba a seguir otro camino, me hiciste pensar mucho y me haces pensar siempre en ese sacrificio glorioso que supone la lealtad amorosa. Tú, Flush, mejor dicho, porque tuviste instinto para la ternura como el Buey y la Mula bíblicos, aunque nunca dijese palabra (¡quién sabe si porque comprendiste que la palabra no libera siempre el corazón, sino que lo encierra y empequeñece por tanto!), eres uno de los sujetos que más me han impresionado en la vida, por el beneficio que, según Virginia Woolf, obtuviste de tu sacrificio singular. Te acostumbraste a la decadencia, y llegaste a preferir la casa de tu ama de Wimpole Street, sin acordarte demasiado de «Three Mile Cross», la modesta finca de labor donde te desterró miss Mitford. Pero tu encadenamiento, sin tener un móvil egoísta, te permitía uno de los lujos más tremendos de los hombres. Al echarme en cojines a los pies de miss Barrett, «acumulabas sensibilidad», y si esto no es cierto, que conste que te hablo por lo que nos cuenta Virginia Woolf. En virtud de este remansamiento de tu personalidad única, tus ojos se nutrían como, por lo general, no se nutren los de tantas personas más o menos caninas. Y como consecuencia de esta acumulación única, la Barrett te sentía como una conciencia, Virginia la suicida te biografió enamorada, y yo lamento, hoy que te reconozco, verdadera tu vida al castellano, no la imposibilidad en que me encuentro de sentir una fidelidad como la tuya, sino el poco tiempo que me queda para—perdóname la envidia—«acumular mi sensibilidad».

Sí, Flush, sí; un perrillo encadenado, que cuando Elizabeth Barrett pensaba en Mr. Browning, no se explicaba bien lo que ocurría, le valió a Virginia Woolf para conseguir un libro, en el que indirectamente se recomienda a los novelistas, antes de narrar, «la acumulación de la sensibilidad» necesaria. Tú, que cuando llegaban las cartas al dormitorio trasero de Wimpole Street, te quedabas suelto, y quizá más encadenado que de ordinario, porque te sentías olvidado, eres uno de los motivos más simpáticos de la literatura inglesa, porque tratando de comprender a quién, cuando estaba encendida por un amor extraordinario, te daba palmadas en la cabeza, me permitiste que comprendiese yo la densidad de esa lágrima viva que es el corazón de tu biógrafa genial. No, no me digas que a pesar de odiar lo decadente, me excedo—y excederse es lo más decadente que yo conozco—en el elogio de Virginia.

(1) «Flush», Virginia Woolf. Traducción de Rafael Vázquez Zamora. Ediciones Destino, S. L., Barcelona.

Ahora mismo, que contemplo uno de sus retratos y que releo con fruición lo que nos cuenta de tu milagrosa y encadenada vida, quiero a tu autora, ¡qué te diré yo!, como a una tía imposible; como a ese familiar con el que en lo cordial traicionamos a nuestros padres; como a una mujer que en lugar de corazón tenía una gran experiencia, porque esta experiencia era toda vida y la podía producir...

¡Ay, Flush...! Como una cosa, como cualquiera de esas cosas que eternamente «remansan sensibilidad» también, tú fuiste el culpable de que los hombres conociésemos una de las intimidades más exuberante y concentrada de la novelística inglesa. En verdad que por narrar tu humildad, la novelista fué tremendamente humilde.



No cabe duda que por ponerse a la altura de tu encadenamiento y gloria, Virginia Woolf supo, al escribir tu biografía o novela, que novelar no es cosa que haga quien quiere, sino quien puede, como tú, anularse en la vida; comprender lo que ocurre a su alrededor a fuerza de eliminarse; penetrar en lo misterioso por ir revelando en el portabjetos de una claridad entrañable lo que compone la viva densidad. Pero, déjame decírtelo. Yo era amigo de «Mrs. Dalloway». Yo había leído muchas cosas sueltas de Virginia Woolf. Pero sólo cuando te conocí, cuando la autora de «The years» te envidiaba sin envidiarte—que es una magnífica fórmula para novelar—, el corazón de una de las mujeres que como tú sabes más ha amado en la literatura inglesa, se me reveló en su indudable madurez.

Conocí antes a Katherine Mansfield, pero, ¡qué quieres que te diga...!, preferí tu semblanza. Virginia Woolf, que analiza, si tú quieres, lo cotidiano con menos regusto, lo vive más intensamente, y por lo mismo yo la siento más natural. Hay quien dice—los envidiosos, Flush, los envidiosos—que la novela de la que tú eres protagonista se inscribe en un ambiente irrespirable y hasta mefítico. Pero en eso radica para

mi la virtud de mi tía imposible. En la asepsia amorosa y el desinterés con que Virginia Woolf se confiesa, informándonos de tu sacrificio, de tu encadenamiento singular, estriba para mí el encanto de tu historia poco excepcional. Donde, Flush amigo, pasan cosas tremendas como si no pasasen; que es algo muy distinto a esas monsergas que nos encajaban los novelistas «deshumanizados» cuando hablaban de la ausencia de lo anecdótico... Y donde, por otro lado, una experiencia contrastada, un corazón colmado de vida, cuenta todo con ese asombro sin gesticulación con que se rinden a lo vulgar y a lo sublime quienes tienen calibrado el encanto de lo sublime y lo vulgar.

Yo creo, Flush, que la Barrett no se equivocó. Cuando recién llegado a Wimpole Street, ella te sorprendió mirándote al espejo, no se formó, como tú nos cuentas, una idea falsa. Te creyó un filósofo, y yo creo que lo eras, sin darle a la cosa demasiada importancia, que es desde ti la única manera de serlo honestamente. Te creíste, por el contrario, un aristócrata que repasaba sus títulos, y ello no era así. Estabas allí para que Virginia Woolf, que habría leído alguna vez eso de que novelar es pasar un espejo sobre una vida, aprendiese que también es novelar pasar una vida ante un espejo. Cuando ese espejo tiene el azogue de tu amor y el de Virginia. Y cuando lo más entretenido que podemos asomar al mismo es la jugosidad sin límites de un ameno corazón de novelista.

Que si tú has sido el mejor novelista de la Barrett y Browning, Virginia Woolf aprendió de ti mucho, mucho; tanto, que ya ves... «Flush», el libro que te nombra eternamente, lo he vuelto a leer en su versión española, aunque te conocí en un film del que no eras protagonista, y sin acostumbrarte al olor del agua de Colonia, una primavera durante la cual, probablemente, yo «acumulaba sensibilidad», como no lo he vuelto a hacer.